Ya está á mi lado y siento su resuello,
Y me agarra la mano con su mano.

Entonces el monarca se estremece,
E inclinando su frente el suelo toca,
Y queda muda de terror su boca,
Y de terror su vista se oscurece.
—¡Por qué, gritó Samuel, así me inquietas,
Haciéndome venir á estos lugares?
—¡Ah, señor! dijo el rey, grandes pesares
Me han arrastrado al punto en que me veo.
Han sonado en mi campo los clarines
Del insolente y fuerte filisteo,
Yo mismo ayer oí desde mi tienda
El ruido de sus carros y corceles,
Y oí crugir espadas y broqueles,
Y vi el polvo que alzaban sus infantes,
Vi relumbrar las puntas de sus lanzas,
Y vi tambien sus yelmos centellantes.
Le consulto al Señor; pero callado
Permanece el oráculo divino.
Dime, pues, ¡entraremos al combate?
¡O levantar el campo es de tu agrado?

Entonces el profeta alzando al cielo
Su grave rostro y formidable diestra,
Del triste porvenir descorre el velo,
Y le replica al rey con voz siniestra:
—Cuando eras infeliz y desvalido,
Del gran Jehová la voluntad suprema
Hasta el dosel te levantó del polvo,
Y puso en tu cabeza la diadema.

Oro te dió, caballos y ginetes,
Carros de guerra, escolta polvorosa,
Y batidores de presencia hermosa
Cubiertos de robustos coseletes.
El Señor te mandó que castigaras
Sin piedad á Amalec por sus crueldades:
Amalec en las vastas soledades
Acuchilló á tu pueblo fatigado
De hambre y cansancio y de ansiedad y susto;
Pero tú inobediente al cielo justo
Salvaste al rey, despojos y ganado.
Por eso Dios en su furor ardiente
Para siempre, ¡oh monarca! te destrona,
Y va á poner tu trémula corona
De tu rival en la gloriosa frente.
Esas tropas que tienes en campaña
Delante de las huestes enemigas,
¡Ay! mañana cual débiles espigas
Tendidas quedarán en la montaña.
Morirá al fin tu Jonatás querido
En medio del furor de la derrota
A pesar de su brazo tan temido,
De su morrion y su escamada cota.
Los restos de tus tropas fugitivas
Llegarán del Jordan á las riberas,
Y se echarán al agua, y las oleadas
Se llevarán penachos y banderas
Y caballos y gentes á bandadas.
A pesar de tu intrépido coraje,
El magnífico yelmo de tu frente
Rodará sobre el polvo indignamente,
Empapado en tu sangre su plumaje.

Sudando el cuerpo, y en el alma el duelo
¡Ay! morirás al filo de esa espada,
Y tú y tus hijos, lejos de su suelo,
Mañana habrán de estar en mi morada.

El rey sin fuerza y de terror herido
Al escuchar la triste profecía,
Se vió cubierto de una sombra fría,
Y cayó sobre el polvo sin sentido.

CAUTIVIDAD DE LOS JUDÍOS
EN BABILONIA.

Dedicada al Sr. Dr. D. José María Covarrubias.

ELEGIA.

En un tiempo infeliz los Caldeos,
Hombres fuertes, de ceño sombrío,
Arrancaron al pueblo judío
De su patria la hermosa Canan.

Los cautivos, atados los brazos,
Caminaron por vastos desiertos,
Y llegaron, al fin, casi muertos
De Babel á la grande ciudad.

En las noches los tristes judíos
A la luz de la luna amarilla,
Del Eufrates se van á la orilla
A llorar en su inmenso dolor.

Y allí al pié de los sauces amargos
Y al murmullo del viento en las hojas,
Se contaban sus grandes congojas
A sus solas delante de Dios.

A la triste corriente del río,
Bajo el cielo cubierto de estrellas,
Se sentaban las blancas doncellas
Y miraban las olas pasar.

Y lloraban al verse cautivas
En las manos de un príncipe impío,
Y su llanto, cayendo en el río,
Iba á dar á las olas del mar.

Hácia el rumbo en que estuvo Solima
Siempre vueltos los tristes semblantes,
Van mirando las nubes errantes
Que los vientos se llevan al Sur.

En el Sur se encontraba su patria,
Y las nubes tal vez pasarian
Por Salem, y tal vez volarian
Por la cumbre del Líbano azul.

Y así dicen las vírgenes puras
Tristemente en las verdes riberas:
Aquí crecen ruidosas palmeras,
Blanco lirio y gentil tulipan;

Mas á una hija infeliz de Solima
Prisionera en regiones estrañas,
Son mas gratas las húmedas cañas,
Y las juncias del pobre Jordan.

¡De qué sirve á una triste cautiva
Ver jardines que exhalan olores,
Ver purpúreas y trémulas flores
Que derrama fecundo el Abril,

Si tejer no podemos guirnaldas....?
¿Quién se adorna en la tierra estranjera?
¿Quién se adorna cuando es prisionera
Y se mira en estado tan vil?

Mejor fuera á las pobres judías
Haber muerto en las calles ó plazas,
Entre yelmos y fuertes corazas
Y entre ruido de lanza y broquel;

O morir en las llamas del templo,
O en las ruinas del muro sagrado,
Que estar viendo al soberbio soldado
Que arrasó sin piedad á Salem.

"No lloréis, nos repite la gente;
Desterrad esos negros pesares;
Entonad vuestros dulces cantares,
No lloréis en la alegre ciudad."

Pero si una cautiva no llora
Desterrada en regiones lejanas,
Sin sus padres, hermanos y hermanas,
¿Quién entonces pudiera llorar?

Hemos visto en un lúgubre dia
Levantarse terribles los brazos
Y las cotas volar en pedazos
Y en pedazos las armas volar:

Y correr los caballos y carros
Unos y otros en sangre teñidos,
Y morir entre largos gemidos
A los bravos, la flor de Judá.

Brazaletes perdimos y perlas,
Bandas rojas y mitras asirias,
Y coturnos y túnicas tirias,
Y cadenas del oro de Ofir.

Y perdimos la hermosa Judea
Con sus mas delicados encantos;
Pero en cambio nos quedan los llantos,
Llantos dulces para una infeliz.

¡Quién pudiera cual cándida garza
Las orillas dejar de este río,
Y volar por ese ancho vacío,
Y llegar hasta el monte de Sion!

¡Quién pudiera sentarse en las ruinas
De su templo y grandiosas murallas
A llorar las sangrientas batallas
Y el incendio en que todo acabó!

¡Quién volara, oh Sarón, á tus campos
A cortar el narciso y la rosa!
¡Quién bajara á Belen la frondosa
Donde yace la bella Raquel!

¡Quién volara á los montes de mirra,
Y subiera al frondoso Carmelo!
¡Quién mirara tu espléndido cielo,
Dulce patria, siquiera una vez!

CAUTIVIDAD DE LOS JUDÍOS.

SONETO.

Jerusalen vencida fué abrasada
Por mano de soldados estranjeros;
Cayeron en el polvo sus guerreros
Pasados con la punta de la espada.

A Babilonia el vencedor traslada,
En medio de sus bárbaros arqueros,
Millares de infelices prisioneros
Que se vuelven mirada por mirada.

Las cautivas estampan entretanto
El blanco pié desnudo en las arenas,
Y van volviendo el rostro al templo santo.

Y al ver el templo, el muro y las almenas
Entre humareda y llamas, nuevo llanto
Sus manos humedece y sus cadenas.

A JUDIT.

SONETO.

Se presenta Judit bañada en lloro
Ante Holofernes, pero en Dios confia;
Collar y mitra lleva la judía
Y blanco velo para mas decoro.

Y anillos que costaron un tesoro,
Sandalias con brillante pedrería,
Túnica de Sidon de gran valía,
Y en su orla cuelgan campanillas de oro.

El asirio al mirarla se enamora,
Da un banquete de asiática grandeza,
Y embriágase en honor de la que adora.

Dormido ya, Judit con entereza
Coge una espada, y antes de la aurora
De dos golpes le corta la cabeza.

LA CENA DE BALTASAR.

Era la noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los ginetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crugir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grita de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma

003494

Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,
Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
A dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesta,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta.
Se embriaga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría,
Resuena la algazara de las gentes
Que por las calles van como dementes
Entre la confusion y gritería.
Tambien de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festin ruidoso:
El rey, y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salon fastoso
Que tiene vista al caudaloso Eufrates.

El soberbio salon es un portento:
Las paredes de estuco, están doradas,
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas
Todo lo animan con su viva lumbre:
Ocupan las estatuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente en braserillos ricos
Esquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
Que perfuma la sala reluciente,
Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
Con régia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al aire la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices
Tejidos por doncellas babilonias,
Tapices de las grandes ceremonias
En tiempos mas tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
Hace alarde de pérsicos brocados,
Túnicas blancas de sonante seda
Y magníficos mantos de escarlata:
En los cándidos piés llevan calzados
Con blancas perlas y luciente plata,
Y ciñen sus cabellos perfumados

Infulas que les bajan por los lados.
A la derecha están las concubinas
Y mujeres del rey, blancas y bellas,
Con túnicas de seda, recamadas
De flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
Mas brillantez les dan y mas decoro;
Airosas llevan trasparentes velos,
Ricos joyeles y sandalias de oro:
Para mas cautivar á los donceles,
Sin atender al femenil recato,
En las cáligas llevan por ornato
Diamantes y ruidosos cascabeles.
Adornaron, en fin, estas bellezas,
Sus blancas manos y sus blancos cuellos
Con esmeraldas y zafiros bellos,
Y con mitras asirias las cabezas.
El ropaje del rey vale un tesoro,
Lleva en los hombros un soberbio manto
De púrpura sidonia, y de amaranto
Bordadas flores y granadas de oro.
Ajusta su cintura roja zona
Esmaltada de hermosa pedrería,
Y en la alba frente espléndida corona
Que por la última vez allí lucía.
Rica brillaba la purpúrea tinta
En sus coturnos altos y elegantes,
Bordados con asiáticos diamantes,
Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
Esta noche los bárbaros soldados
Hollarán con sus piés ensangrentados

Corona y mantos, ínfulas y velos.
Reina la calma en el salon hermoso,
Sírvense en el festin ricos manjares
Hechos venir de tierras muy lejanas,
Y de las islas y remotos mares.
Mas por instantes crece la alegría,
El vino hierve en copas anchurosas;
Beben los cortesanos á porfia,
Bebe el monarca y beben sus esposas,
Y empieza la confusa vocería.
Los grandes vasos de licor ardiente
De concubina en concubina pasan:
A veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan;
Juegan las risas en los labios rojos,
Se tornan las mejillas mas hermosas,
Hierve la sangre en las ardientes venas.
¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entonces los escénicos cantores,
Al compás de la cítara sonora,
Entonaron con voz encantadora
Coros dignos de aquellos impostores.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está mas allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES.

Gloria ¡oh rey! á los dioses sublimes
Que te dieron el trono caldeo:
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.

Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se estremecen las grandes naciones,
Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES.

Te prodiga el Oriente sus perlas,
El incienso y la seda y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro y marfil.

Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES.

Sobre miles de muertos y heridos
Pase ¡oh rey! tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.

Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa al Escita feroz.

CORO DE MUJERES.

¡Qué veloces trascurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento,
Como pasan las olas del mar.

Goza, pues, de abundantes delicias,
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente,
No se vayan primero á secar.

CORO.

¡Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está mas allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¡Quién el sol de mañana verá?

"Que traigan, dijo el rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,
Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí tambien recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima."
El sacrílego rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndolos girar entre las gentes,